

FIESTAS DE TOROS EN EL TEATRO DE LOPE DE VEGA

Álvaro Martínez-Novillo
Fundación de Estudios Taurinos



Las comedias de Lope de Vega nos ofrecen un panorama muy completo de la sociedad española de su época, por ello es natural que en ella aparezcan numerosas referencias a la tradicional fiesta de los toros que, según L. Pfandl, llegó a convertirse en «indispensable para el pueblo» (Pfandl, 1994: 238). Abordaremos este tema lopesco con dos de sus piezas, vinculadas a la estancia juvenil del autor en Alba de Tormes (1590-1595)¹. Dichas obras son *El domine Lucas* y *Más mal hay en la Aldegüela, que se suena* –vuelta a rehacer en 1623– y también conocida con los títulos *La Aldegüela* o *El hijo de la molinera* y *Gran Prior de Castilla*².

¹ Vivió allí como secretario del Duque de Alba mientras finalizaba su destierro de la corte. Fue un período de felicidad conyugal con su esposa Isabel de Urbina que, sin embargo, acabó tristemente con la muerte de ésta por sobrepeso (Zamora Vicente, 1961: 57 y ss.).

² Debo agradecer al Prof. J. M. Díez Borque sus indicaciones bibliográficas sobre el tema, y a Carmen Lafuente Niño y al personal de la Biblioteca Histórica Municipal de Madrid su experta ayuda para la realización de este trabajo, que propició una invitación del maestro Antonio Ordóñez y del Prof. A. González Troyano para los cursos de la Universidad Complutense en Ronda.

Comienza *El dómíne Lucas* con los comentarios de una corrida habida en Alba de Tormes en la que dos nobles, más bien señoritos, de la población —Fabricio y Rosardo— habían rehusado participar aduciendo problemas con sus caballos, mientras que a pie un estudiante de Salamanca —el madrileño Floriano— domina al toro ganándose la admiración de sus bellas pretendidas, Lucrecia y Leonarda. Celosos y resentidos por ello, así se manifestaban volviendo de noche a su casa:

«Fabricio: ¡Oh, cuanta envidia he tenido
al venturoso estudiante!
¡Qué soberbias cuchilladas
él ha dado al toro!

Rosardo: Y tales
que no tuvieron iguales,
y pueden ser celebradas.
¡Gallardos brazos!

Fabricio: ¡Soberbios!
pues cada vez que herían,
poca resistencia hacían
cuero, carne, hueso y nervios».

Incluso dudan en acometer al torero estudiante cuando le reconocen en la oscuridad embozado «en la capa con el oro/que mil veces sobre el toro/ con el blanco acero viste». Sin embargo, como contrapunto, un poco después otro amigo, también estudiante, baja los humos a Floriano poniendo



Fig. n.º 8.— Lope Félix de Vega Carpio (Madrid, 1562-1635), grabado (Barthe, s.f.: V).

do en duda que éste hubiera conseguido impresionar con su toreo a la dama de sus deseos —que no es otra que Lucrecia— diciéndole que:

«...en lugar de galán
la sirves de carnicero».
Si de Salamanca, en donde
estudias, vienes aquí
a descuartizarla así,
¿qué efecto esperas?».

Pero la realidad es que la bella Lucrecia efectivamente ha quedado prendada por la actuación de Floriano y, cuando Leonarda se lo discute, no tiene empacho en replicar: «¿Qué gracias he visto en él/ sino que ayer mató un toro,/ con una capa con oro,/ más fiero y robusto que él?»). Y más tarde, ante otra inoportuna insistencia sobre lo indecoroso que resulta que deje al noble que le correspondía por un «matador de toros», Lucrecia no duda en afirmar que «este amor es de tal suerte/ que ya tu consejo es vano/ porque en solo Floriano/ está mi vida o mi muerte». Vemos, por tanto, cómo ya Lope es un precursor del tipo de torero galante que, a partir de la época romántica, se convertirá en un verdadero tópico literario (González Troyano, 1988).

En la segunda de las comedias citadas, *Más mal hay en la Aldegüela*³, la destreza que su protagonista, Fernando,

³ La primera redacción de esta comedia se debe fechar con posterioridad a 1605 pues no está incluida en el catálogo de obras de Lope contenido en *El peregrino de su patria*. Se conserva, impresa suelta, en la Biblioteca Nacional (sig. T-19752).

fruto de un desliz del Gran Duque de Alba con una molinera de una aldea cercana a Piedrahita, muestra ante el toro en una corrida en el Barco de Ávila, hace que su existencia sea conocida por su padre y comience así su encumbramiento (Maltby, 1985:30). Lope pone los pormenores del suceso en boca de un amigo del muchacho, quien primero describe a la molinera y a su marido los regocijos por la entrada del duque en sus dominios tras una larga ausencia:

«Hiciéronle aquella noche
fiestas, juegos, luminarias,
y fueron tantas las luces
que mucha gente pensaba,
viendo tanta variedad,
que era otra Troya abrasada.

Quedose así aquella noche,
y luego por la mañana
ordenaron de correr
toros y juegos de cañas
a las voces que le daban,
cuando ya su aliento frío,
le tocaba las espaldas.

Sacó el acero animoso
y en la cerviz se le envaina,
que por mucho que fue corto,
mucho más cortó la espada.
Dejó la cabeza yerta
y los Regidores mandan

que pague el toro, y el Duque
de la silla se levanta
diciendo a voces: Dejadle.

Y por premio de la hazaña
le dio un anillo, que es joya
que mucho el Duque estimaba».

En la segunda redacción de esta comedia Lope termina el relato del amigo diciendo de Fernando que «salió de la plaza rico/ de favores y alabanzas/ y de envidiosos también/ que jamás en el bien faltan». Lo que nos trae resonancias de *El caballero de Olmedo*, aunque aquí hay un final feliz pues Fernando, tras diversos avatares, llega hasta el sitio de Mons y ayuda heroicamente a su padre a tomar la ciudad por lo cual, allí mismo, es reconocido públicamente y recibe el hábito de Gran Prior de Castilla.

Parecida es la fortuna que el protagonista logra en la comedia *Los Vargas de Castilla* situado, un tanto anacrónicamente, en el reinado de Enrique IV de Castilla. En ella don Tello Pérez de Vargas, a causa de un involuntario desafío, tiene que huir a Sevilla —ciudad de la que Lope hace un bellísimo elogio— acompañado solamente por Millán, su criado. Llegan en su escapada a Lérida cuando se celebran fiestas de toros para festejar la llegada del rey de Aragón. Esto da lugar a una interesante discusión en la que Millán se declara resueltamente antitaurino y recrimina a su señor su mal gusto por su afición a «una fiesta temeraria/ con animales feroces/ que tienen cuernos por armas/... y viene a ser mejor/ aquel que más hombres mata». A lo que don Tello, aun reconociendo

LIBRO, DELLA MONTERIA
QUE MANDO ESCREVIR
EL MUY ALTO Y MUY PODEROSO
Rey Don Alonso de Castilla, y de Leon,
Ultimo deste nombre.

Acrecentado por Gonçalo Argote de Molina.

Dirigido A lo S. C. R. M. del Rey **DON PHILIPPE**
Segundo. Nuestro Señor.



Impreso en SEVILLA, por Andrea Pescioni.

Año 1581.

Con Preuilegio de su Magestad.

(Mem. 1597.)

Fig. n.º 9.— Portada del *Libro de la Monteria que mando escrevir el muy alto y muy poderoso Rey Don Alonso de Castilla y de Leon*, impreso en Sevilla por Andrea Pescioni en 1582 (Díaz Arquer, 1931: 25).

que esta fiesta es «la más regocijada de cuantas hay», replica con argumentos directamente inspirados en la famosa bula de San Pío V que condenaba las fiestas de toros:

«.....Estás
filósofo, y no te falta
razón; que esta fiesta bruta
sólo ha quedado en España,
y no hay nación que una cosa
tan fiera y tan inhumana,
si no es España, consienta».

Sigue una larga y regocijante pintura de la fiesta de los toros de Millán que, tal como señalaba José M.^a Cossío (1947, II: 107 y ss.), muchos han considerado la expresión de los sentimientos antitaurinos de Lope:

«Yo no sé, ¡por Dios!, qué hallan
en ver un toro correr
tras un hombre, y si le alcanza,
verle volar por los cuernos

y verle bajar sin bragas;
y cuando Dios a los ojos
muchas mercedes les haga,
descubren otro que él sol
nunca le miró a la cara.

¿Este es buen gusto? ¿Por esto
un hombre discreto pasa

pudiendo estarse entretanto
tendido al fresco en su casa?
Y no. “¡Bravo toro es éste!
Veisle, en el arena escarba;
él hará más de una riza,
no se dormirá en las pajas.

Dios te guarde, caballero;
¡bravo rejón! ¡linda lanza!
si le quiso, no le quiso.
¡Qué lindo acero de espalda!
La cola le cortó a cercen.

¡Vive Dios si el toro aguarda,
que le lleva todo el lomo!
Echen otro; aparta, aparta.
Vuelvan a cerrar la puerta;
¡qué furia del toril saca!”.

Luego le dice: “Abragado;
él es de famosa casta;
ya partió tras aquel pobre;
no hay onza como él; ¡ah perro
éste se come las capas!

¿Hay disgusto semejante?
¡Qué calor! ¡Qué sol! ¡Mal haya
si yo pagare tablado,
si yo subiere a ventana
a ver toros en mi vida,
aunque a dar lanzadas salgas!»

En el curso de la corrida don Tello se echa al ruedo para hacer un quite a un caballero aragonés en peligro —don Álvaro de Moncada—, quien después de que el sevillano ha acuchillado al toro y recibido consiguientemente «todos parabienes y alabanzas», reacciona sintiéndose avergonzado y afrentado por la ayuda recibida, hasta tal punto que el propio rey le amonesta diciéndole: «Debéis dar gracias/ a Dios primero, y después/ a aquella mano bizarra/ del castellano que os dio/ la vida». Además su hija, la infanta, expresa su admiración por la faena de don Tello diciendo que no había visto antes «más fuerte brazo ni espada», mientras que una de sus damas añade:

«¡Con qué ademán tan gallardo,
terciando airoso la capa,
y calándose el sombrero,
y levantando la falda,
la espada sacó, y al toro
hizo volver las espaldas!».

Posteriormente don Tello, que manifiesta una lealtad cívica, consigue evitar la caída de Lérida en manos de los moros y para una gran guerra entre los reyes de Castilla y Aragón. Finalmente, casado con la infanta y lleno de honor por ambos reyes, se establece en Madrid culminando una carrera de éxitos que comenzó en la arena y frente al toro.

La competencia en los nobles es una comedia también ambientada en Sevilla con una clara intención apologética para la familia Girón, en la cual, una vez más, los acontecimientos relacionados con las funciones de toros son decisivos. Situada en los momentos previos a la campaña de



ADVERTENCIAS

PARA LOS CAVALLEROS QUE

salieren à torear à la Plaza, en las fiestas

Reales: Escritas por un Cavallero, à quien la

Magestad del señor Rey Don Phelipe Quarto,

que este en el Cielo, mandò escriuir en ocasion de

venir a España la Reina nuestra señora

Doña Mariana de Austria.



MUCHOS años ha que en España se exercita, y celebra la fiesta de correr los toros, y que la asisten los Reyes, y juntamente las damas de su Palacio. A quien con decoro, cortesia, asistencia, y lucimiento, galantean, y festejan muchos Cavalleros, y es bien antigua costumbre el passear los galanes el terrero, que se entiende debaxo de las ventanas, donde con permission, y decencia suelen mostrarse las damas, y este passo tiene principio siempre que ay dama à la ventana, y el galan.

A ò

(Num 23)

Fig. n.º 10.— Portada de las *Advertencias para los cavalleros que salieren à torear à la Plaza, en las fiestas Reales*, escritas por el Cavallero Gregorio de Tapia y Salzedo a instancias de S. M. el Señor Rey Don Phelipe Quarto con ocasion de venir a España la Reina Nuestra Señora Doña Mariana de Austria, hacia 1624 (Díaz Arquer, 1931: 5).

Granada narra cómo dos nobles —don Juan Girón y don Pedro de Toledo— pugnan por la mano de doña Juana de la Cerda, y en un desafío el primero hiere al segundo. Fernando el Católico dispone que Girón permanezca al cuidado de don Pedro mientras éste se repone de sus heridas. Sin embargo, a pesar de esta cortesía caballeresca, la porfía por la dama continúa, aunque ésta secretamente ya ha optado por Girón, decisión en la que se reafirma cuando recibe a otra dama —doña María de Luna— agraviada por don Pedro que incumplió con ella su palabra de matrimonio.

La situación se resuelve finalmente por medio de una fiesta de toros en la cual, en principio, van a participar don Juan y don Pedro, siendo la mano de doña Juana el premio del vencedor. Los consejos que su padre, antes de la lidia, le da a don Pedro son unas verdaderas reglas de tauromaquia en verso, tal como ya señaló Cossío. Así don Luis dice a su hijo:

«También yo rompí rejones
cuando mozo, y quiero darte,
sólo a fin de aconsejarte,
algunas breves liciones...

Resuelto y determinado,
busca al toro frente a frente,
y sacarás fácilmente
el caballo por un lado...

No le acometas volviendo
las espaldas en tu vida;
que nunca es buena herida
que se ejecuta huyendo.

Si vieras necesitado
a algún hombre de tu ayuda,
socorre sin poner en duda
en el premio del cuidado,
aunque el temor te lo impida
que el excusar una muerte
es siempre la mejor suerte
y la más agradecida».

Por otra parte, contrariamente a la actitud crítica del criado de Vargas en la comedia anterior, aquí los servidores de ambos pretendientes son fervorosos taurinos —uno de ellos— llega a denominarse *toricida*, y se aprestan a participar como peones de sus caballeros en la lidia. Así un criado fantasea pensando en la impresión que causará en su enamorada: «¿Qué será de verte entrar/ en la plaza de torear/ con el brillante tabí/ segurísimo decoro/ de todo peón gallego?», mientras que su interlocutor le contesta irónico: «Hay en Jarama toro/ que anda desde mayo a mayo/ y de San Juan a San Juan/ pensando, hermano Guzmán,/ en las calzas de un lacayo».

Sin embargo *La competencia en los nobles* termina de una manera un tanto insólita, pues doña Juana impide a Girón ir a torear citándole en el campo, mientras que su lugar en el tablado es ocupado por doña María, tapada para que no la reconozca don Pedro, quien torea a maravilla brindándole una faena aplaudida por *nobles y plebeyos*. Posteriormente ella misma relata esta faena, de la que aquí extraemos la referente a uno de sus toros durante la cual hace un valiente quite a uno de los peones:

«Espera el tercero, y sale
tan vengativo y resuelto,
que un volcán en dos pedazos
eran sus ojos sangrientos.

Puso en don Pedro la vista;
parte a buscarle, y torciendo
el camino, a Guzmán coge
atravesado en los cuernos.

Encarnizado le aflige,
y el valiente caballero
saca la espada y le embiste,
anhelando y socorriendo;

y tal anduvo en la fiesta
el animoso don Pedro,
que trinchando un toro vivo,
fue maestresala del pueblo».

Por ello Lope equilibra el desenlace haciendo que también don Juan Girón, ganador en la lid amorosa pero no en la arena, tenga en el campo que defender a su dama del ataque de un bravo toro escapado de las fiestas al que hace frente con gran destreza y finalmente desjarreta y mata.

Fiestas de toros aparecen también en la comedia de ambiente gótico *El Marqués de las Navas*, situada en el Madrid de Felipe II, que se ofrece como despedida a quienes partían para embarcar en la Armada Invencible, empresa,

como es sabido, en la que participó el propio Lope. La descripción, en versos de arte mayor, del ambiente de la Plaza Mayor es verdaderamente brillante y nos recuerda el carácter de *acontecimiento nacional* que Tierno Galván (1988) encontraba en estos festejos:

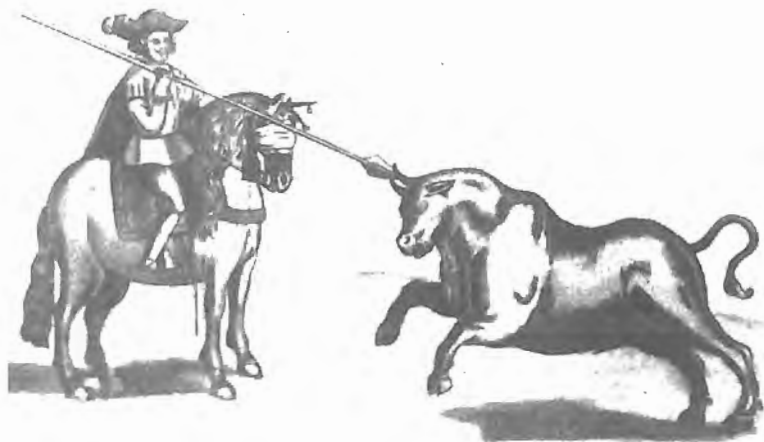


Fig. n.º 11.— El toreo que vio Lope de Vega. Ilustración de las *Advertencias para los caballeros que salieren à torear à la Plaça de Tapia y Salzedo* (Díaz Arquer, 1931: 336).

«Hoy es día de toros y...
veréis cifrado el mundo en breve espacio:
como en sortijas suelen generosas
estar el amatista y el topacio,
veréis mil caballeros, mil hermosas

damas, y que por ellas los rejones
pretenden intentar suertes dichosas.
Veréis aquel gran Rey que mil naciones
tiemblan, respetan, aman y obedecen
políticas y bárbaras naciones».

Antes de la fiesta las damas hablan en sí con emoción no disimulada por los toreros: «Si a la ventana salís/ veréis los dos matadores/ de los toros y las damas/ con otros que arrojan llamas/ de amor, encendiendo amores/». Mientras que también aquí aparecen los jocosos comentarios de los criados prestos a participar con sus amos en la corrida, y así uno de ellos dice: «Aquí están ya los rejones/ que no ha de quedar por ellos./ Todos vienen amarillos/ que a los toros tienen miedo». Mientras otro presume ante su amo de su destreza como desjarretador diciendo: «Yo salgo; y vos estad cierto/ que no habrá dado en la plaza/ de vuestro rejón el hierro/ cuando las piernas del toro/ midan a palmos el suelo». A lo que el primero replica con ironía:

«Es Pedro un hombre muy diestro;
aunque en las fiestas pasadas
un torillo jarameño
le asió de unas calzas verdes
hasta el aforro de lienzo;
y dicen que por alzar
las cuchilladas de presto,
alzó también la camisa,
y en las ventanas dijeron
que era muy hombre, que había
todo su honor satisfecho».

También encontramos una interesante descripción de funciones reales en la comedia *La burgalesa de Lerma*, en la que Lope recrea, un poco adulatoriamente, las fiestas que el valido de Felipe III ofreció a la familia real en sus dominios (1600). La protagonista de la comedia, Leonarda, viaja desde Burgos a Lerma de tapadillo para ver la corrida y, refiriéndose a sus amores, su doncella le dice estas metafóricas razones: «Toros que gente no ven/ esos más bravos son». O bien, recrimina a su ama su apasionamiento diciéndole: «Toro fuiste que arremeten/ al primer hombre que viste». Pero no es la única que utiliza metáforas taurinas para referirse a sus sentimientos pues un poco más adelante un caballero hablando de las servidumbres del amor utiliza estas bellas imágenes:

«Como toro con maroma,
quien ama no se acuerda
lo que la costumbre doma,
por lo que alcanza la cuerda,
todo aquel espacio toma;
mas tirándoles verás
que más furioso que parte,
vuelve con la cuerda atrás,
don Félix vuelve a buscarte».

Por otra parte el hermano de la dama burgalesa, ignorante de que ella también ha estado en Lerma, le narra las fiestas de toros y cañas, comenzando por estas coloristas palabras: «...Quisiera/ que hubieras visto, Leonarda,/ la hermosa plaza de Lerma./ Un cuadro como en pintura». Y, más cultamente, añade: «Salen los toros, Leonarda,/ que la roma-

na soberbia/ no corrió en su anfiteatro/ del Asia tan bravas fieras». También nos deja una cumplida descripción poética de un despeñadero de toros, terrible costumbre de la época con los animales que hoy, a todas luces, nos resulta incomprensible como espectáculo:

«Detrás de la galería
hay una trampa encubierta,
que el despeñadero llaman
porque, en entrando por ella,
no hay volteador en maroma
que dé tan extrañas vueltas
como da un toro hasta el río».

Antes de terminar la obra hay un baile salpicado de canciones de origen tradicional entre las cuales destaca la que tiene como estribillo: «Niña guárdate del toro/ que a mí mal ferido me ha». Aliento popular, como también señaló Cossío (1947, II: 466 y ss.), tienen asimismo los versos referentes al percance que sufren los aldeanos de Barajas que van en un carro a Madrid a ver la entrada en la corte de la prometida de Felipe IV, la bella Isabel de Valois (1615) en la comedia titulada *Al pasar del arroyo*. Sucede que cruzando el arroyo Abroñigal su carro vuelca en un soto ubicado al pie, más o menos, del lugar donde hoy se yergue la Plaza Monumental de las Ventas, y, además de este accidente son avisados de la presencia de un toro escapado:

«...Un torillo hosco,
cual suele ser un recién casado
a pocas noches de novio;

ALFONSO DIAZ

FIESTAS
QUE CELEBRO LA
CIVDAD DE LOS REYES DEL

PIRV. AL NACIMIENTO DEL SERENIS-
simo Principe Don Baltasar Carlos de Austria
nuestro Señor.

A DON FRANCISCO FAVSTO FERNANDEZ DE
Cabrera y Bebadúa, niño de dos años, y primogenito del Excelentissimo
Señor Conde de Chinchon, Virrey del Pirú.

POR EL CAPITAN D. RODRIGO DE CAR-
vajal y Robles, Corregidor, y Jullicia mayor de la Prouin-
cia de Colefuyo, por su Magestad.



IMPRESO EN LIMA, (A COSTA DE LA CIUDAD)
Por Geronymo de Contreras, Año de 1632.

(Núm. 587).

Fig. n.º 12.— Portada del libro *Fiestas que celebros la ciudad de los reyes del Pirú, al nacimiento del serenissimo Principe Don Baltasar Carlos de Austria* por el Capitán D. Rodrigo de Carvajal y Robles, impreso en Lima por Geronymo de Contreras en 1632 (Díaz Arquer, 1931: 70).

herrado de las dos puntas,
arrugado y negro el rostro,
corto de cuello y de pies,
ancho y hundido de lomo».

Sin pretender haber agotado el tema de la presencia de toros, toreros e imágenes taurinas en las comedias de Lope, tarea verdaderamente ingente, creo que es hora que veamos la incidencia de este tema en la trama de dos de sus obras capitales. Nos referimos a sus comedias de madurez, verdaderamente famosas, de *El caballero de Olmedo* y *Peribáñez o el Comendador de Ocaña*, ambientadas respectivamente en los reinados de Juan II y el de su padre Enrique III. Aquí debemos recordar lo tantas veces señalado en *El caballero de Olmedo*, es decir la genial conjunción de amor, los toros y una muerte presentida; tres elementos que en la literatura taurina posterior tendrán una gran fortuna. La corrida de toros que se ofrece en Medina del Campo al rey de Castilla es el detonante del drama, pues si bien servirá para que el protagonista se muestre en todo esplendor ante los ojos de Inés, la dama de sus pensamientos, tal como se lo anuncia y pondera a ésta una de sus criadas:

«Déjate amar y servir
del más noble, del más cuerdo
caballero de Castilla,
lindo talle, lindo ingenio.

El rey, en Valladolid,
grandes mercedes le ha hecho,
porque él solo honró las fiestas
de su real casamiento.

Cuchilladas y lanzadas
dio en los toros como un Héctor;
treinta precios dio a las damas
en sortijas y torneos.

Armado, parece Aquiles
mirando de Troya el cerco;
con galas parece Adonis;
mejor fin le den los cielos.
Vivirás bien empleada
en un marido discreto».

En estas palabras vemos como el ideal de caballero se une al ideal de persona, de tal modo que no hay ninguna duda que un fiero lidiador en el ruedo pueda ser también un discreto y cuerdo marido. Por supuesto algo distinto es lo que piensa de él, Rodrigo, su rival de Medina, quien lo define como «alanceador galán y cortesano/ de quien hombres y toros tienen miedo». También su amigo Fernando, amigo y luego cómplice de Rodrigo, expresa así su amargura pues considera a don Alonso Manrique «matador de los toros/ que viene arrogante y necio/ a afrentar los de Medina», mientras él expresa así lo que el público de la corrida espera de él: «que haga suertes que me afrenten/ o que algún toro me mate/ o me arrastre o me maltrate/ donde con risa lo cuenten». Por el contrario Tello, el criado del de Olmedo, le exhorta a que deseche los malos presentimientos previos a la corrida:

«Ven a Medina y no hagas
caso de sueños ni de agüeros,
cosas a la fe contrarias.

Lleva el ánimo que sueles
caballos, lanzas y galas;
mata de envidia los hombres;
mata de amores las damas».

Para realzar más el claroscuro de los personajes don Alonso salva de los cuernos del toro a su rival, lo cual no le hace ser agradecido sino que aumenta la sordidez de su odio enconado y que culminará el asesinato, con nocturnidad y alevosía, del caballero que era «la gala de Medina, la flor de Olmedo». Debemos también señalar que, en el curso de la corrida, Tello mantiene este curioso diálogo con su amo:

«Tello: Todos el lauro nos dán.

Alonso: ¿A los dos Tello?

Tello: A los dos;
que tú a caballo y yo a pie
nos habemos igualado.

Alonso: ¡Qué bravo, Tello, has andado!

Tello: Seis toros desjarreté
como si sus piernas fueran
rábanos de mi lugar».

Lo cual nos parece, como ya habíamos visto en otras comedias, una señal de cómo Lope era consciente de que progresivamente los peones iban adquiriendo mayor importancia

en la lidia, aunque todavía su papel en ella siguiese siendo secundario con respecto al caballero. Más sutiles son las diferencias entre el caballero lidiador y el torero a pie que aparecen en "Peribáñez". También en este drama las fiestas de toros son parte esencial del argumento, que comienza con una novillada tras la ceremonia de la boda del propio Peribáñez con Casilda, labradora del lugar. En boca de dos personajes de la obra, el cura que los ha casado y otro campesino, pone Lope el relato de esta corrida nupcial:

«Cura: Mas ¿el novillo ha traído?

Bartolo: ¿Cómo un novillo? Y aun tres.
Pero el tiznado que agora
traen del campo, ¡voto al sol,
que tiene brío español!

No se ha encintado en una hora.
Dos vueltas a dado a Blas,
que ningún italiano
se ha visto andar tan liviano
por la maroma jamás.

A la yegua de Antón Gil,
del verde recién sacada,
por la panza desgarrada
se le mira el peregil.

No es de burlas; que a Tomás,
quitándole los calzones,

no ha quedado en opiniones,
aunque no barbee jamás.
El nueso comendador,
señor de Ocaña y su tierra,
bizarro a picarle cierra,
más gallardo que un azor».

Mientras esto ocurre el propio Peribáñez se contiene por no participar en la corrida y mantiene el siguiente diálogo con su esposa:

«Peribáñez: ¿Tú quieres que intente un lance?

Casilda: ¡Ay no, mi bien, que es terrible!

Peribáñez: Aunque más terrible sea,
de los cuernos le asiré
porque mi valor se vea.

Casilda: No conviene a tu decoro
el día que te has casado,
ni que un recién desposado
se ponga en cuernos de un toro».

Como podemos ver Peribáñez habla de mancornar al novillo no de desjarretarle, lo cual en términos de tauromaquia es un escalón superior y sobre todo indica que la faena a pie no está subordinada a la del caballero. Recordemos que la faena de mancornar es todavía hoy la esencial dentro del *rodeo* americano. El labrador protagonista finalmente no

interviene pero la faena del comendador falla al trabarse su cabalgadura con la cuerda del novillo y caer propinando al jinete una gran contusión. Por boca del lugareño Bartolo Lope nos cuenta el percance, una colorista descripción que comienza con un bello romance de imprecación al novillo:

«¡Oh, que nunca le trujeran,
pluguiera al cielo, del soto!
A la fe, que no se alaben
de aquesta fiesta los mozos.

¡Oh, mal hayas, el novillo!
Nunca en abril lluvioso
halles hierba en verde prado,
más que si fuera en agosto.

Siempre te venza el contrario
cuando entuvieres celoso,
y por los bosques bramando,
halles secos los arroyos.

Mueras a mano del vulgo,
a pura garrocha, en coso;
no te mate caballero
con lanza o cuchillo de oro;

mas lacayo por detrás,
con el acero mohoso,
te haga sentar por fuerza
y manchar en sangre el polvo».

Ante este percance tanto Peribáñez como Casilda expresan su rechazo ante la fiesta de toros que ha producido tal accidente con una reacción de cierta culpabilidad, como la que se siente en la plaza cuando la tragedia irrumpe en medio de la diversión del público. Así Peribáñez dice: «.. Si aquí/ el Comendador muriese,/ no vivo más en Ocaña./ ¡Maldita la fiesta sea»/ ¡Mal haya la fiesta, amén,/ el novillo y quien le ató!». Y su joven esposa añade: «¡Oh, qué mal el mal se emplea/ en quien es la flor de España!/ ¡Ah gallardo caballero!/ ¡Ah valiente lidiador!».

Como es sabido, por ser ésta una de las obras de Lope más conocidas, el comendador es recogido en casa del labrador recién casado y atendido por su bella esposa, de la que el noble se enamora y acosa infructuosamente hasta que Peribáñez le mata en defensa de su honor. En las noches agitadas por estas pasiones, unos músicos cantan estas coplas de sabor tan popular:

«Cogióme a tu puerta el toro,
linda casada;
no dijiste: Dios te valga.
El novillo de tu boda
a tu puerta me cogió;
y la vuelta que me dio,
se rio la villa toda;
tú, tú, grave y burladora,
linda casada,
no dijiste: Dios te valga».

Considerar que la famosa expresión de Casilda —«Más quiero yo a Peribáñez/ con su capa la pardilla,/ que no a vos,

Comendador,/ con la vuesa guarnecida»— como una premonición de la decadencia del toreo aristocrático a caballo y del irresistible auge del toreo plebeyo a pie es, sin duda, una evidente manipulación de los textos de Lope. Pero una cierta intuición de ello sí nos parece que queda flotando en el ambiente, sobre todo considerando que la moderna tauromaquia, surgida a comienzos del siglo XVIII, no es un hecho aislado en nuestra historia sino uno de los signos del cambio social que se produjo a partir de aquella época y que evidentemente Lope presentía y deseaba.

Finalmente, aunque no se trata de obra teatral, queremos concluir con unos curiosos versos, de indudable sabor arqueológico, de *La Jerusalén conquistada*, en los que un caballero castellano enviado a parlamentar con Saladino, para ponderar el poderío y riquezas de su rey le llega a decir:

«Y en los prados llamados de Guisando,
cosa tan digna que se escriba y cuente,
[ha] un ganado de toros tan extraños,
que hay alguno que tiene dos mil años».

BIBLIOGRAFÍA

Barthe, M. H.: *Morceaux Choisis de Lope de Vega. En Homenaje al Conde de Las Navas*, Paris, Louis-Michaud, s.f.

Cossío, José M.^a (1947): *Los toros*, Madrid, Espasa-Calpe, t. II.

Díaz Arquer, Graciano (1931): *Libros y folletos de toros. Bibliografía taurina...*, Madrid, Administración: Librería de Pedro Vindel.

González Troyano, Alberto (1988): *El torero, héroe literario*, Madrid.

Maltby, William S. (1985): *El Gran Duque de Alba*, Madrid.

Pfandl, Ludwig. (1994): *Introducción al Siglo de Oro. Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII*, N. ed., Madrid.

Tierno Galván, Enrique (1988): *Los toros, acontecimiento nacional*, Madrid.

Zamora Vicente, Alonso (1961): *Lope de Vega*, Madrid.

